

dice, lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo te hemos buscado llenos de amargura. *Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes querebamus te* (1).

Debemos dar el parabien á la Santísima Virgen por su feliz hallazgo, y procuremos aprovecharnos de la lección que nos ha dado en su tierna solicitud por buscar á su Divino Hijo, aprendiendo á buscarle sin descanso, cuando hemos tenido la desgracia de perderle por el pecado.

SEGUNDA PARTE.

Todo lo que el Señor ha criado tiene su fin y objeto. De un modo uniforme y maravilloso vemos que cuanto existe en la naturaleza cumple con la voluntad del Hacedor Supremo. El sol criado para alumbrar el universo; la luna y las estrellas que hermocean la bóveda del cielo y hacen menos tenebrosa la noche; los árboles que producen su fruto en su debido tiempo; el aire que dá vida á las plantas; las estaciones en su curso uniforme; todo, en una palabra, muestra obediencia y sumisión á Dios. El hombre es en toda la naturaleza el sér mas privilegiado: criado para gozar en la tierra de cuanto el Señor ha formado para él, su fin es el cielo; pero sus deberes en la tierra son el hacer en todo la voluntad de Dios, viviendo en santidad y justicia. Pero ved aquí el único de los séres que rebelde á su Criador camina por sendas opuestas á las que le han sido marcadas. ¡Su ingratitud es ciertamente monstruosa!

Para que con mas claridad conozcáis cuán grande es nuestra ingratitud en separarnos de Dios por medio

(1) Luc. cap. II, v. 48.

del pecado, contemplad cuán grande es nuestra dignidad por ser cristianos. Es verdad que el pecado de nuestro primer padre destrozó nuestra naturaleza, levantando un muro de division entre Dios y los hombres, desheredándonos de la gloria y esclavizando á la humanidad bajo el poder de Satanás. Pero el mismo Dios compadeció del triste estado del hombre, y viendo que no había en la tierra ni podia haber quien le satisficiera por la injuria del Paraiso, determinó enviar á su Hijo, para que revestido de nuestra carne le ofreciese un sacrificio de valor infinito, que pudiese á los hombres en posesion de sus perdidos derechos. En efecto, la sangre vertida de Jesucristo nos ha curado de la enfermedad que heredamos, y nos ha dado la salud. Rompióse la cadena de nuestra esclavitud, y hemos sido elevados á la dignidad de hijos de Dios. ¡Cuánta dicha! ¡qué inesplicable felicidad!

Es constante que el hombre aspira á la grandeza; pero es una verdad que camina errado y sin rumbo, cuando busca el logro de su deseo en los títulos de nobleza, en las riquezas, en las ciencias, ó en las grandes empresas ó conquistas; toda la grandeza que dá el mundo es como una sombra que pasa, como el humo que se desvanece. Hoy está un hombre sentado sobre un tronó, y mañana yace en un sepulcro: hoy dá leyes á una nacion entera, y reducido al siguiente á la nada, su nombre es tan solo un recuerdo histórico. Y cuando tanto se anhela por esta grandeza efimera, ¡qué dolor es ver al cristiano olvidado de la verdadera grandeza que le distingue! Reconocedlo, mis hermanos; lavados que hemos sido por el santo bautismo, nuestro nombre ha sido inscrito en el libro de los escogidos. No seremos hijos de reyes

y emperadores; pero somos hijos de Dios: no esperamos grandes estados y ricas posesiones de herencia; pero somos herederos del reino de los cielos: debemos considerar el cielo como nuestra patria, y mirar con indiferencia las cosas pasajeras é ilusorias de la tierra.

Grandes de la tierra, gloriaos en buen hora por vuestro ilustre nacimiento, haced público que estais ligados por los vínculos de la sangre con grandes personajes; pero sabed que á vosotros os aventajamos los cristianos, porque somos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo; sí, hermanos de Jesucristo, y formamos una hermandad de la que él es el primogénito, como dice el Apóstol (1). Ved, pues, mis hermanos, cuánta y cuán grande es nuestra dignidad: ved si á ella hay alguna otra que pueda compararse. Mas decidme ¿no nos admiraria el observar á un príncipe, á un grande de la tierra, que olvidado del puesto que ocupaba, y sin tener en cuenta que deshonoraba á sus mayores, anduviese vestido de andrajos, cubierto de miseria, pasando las noches bajo cualquier choza, y renunciando á sus títulos y derechos? Pues mayor locura es sin comparacion la del cristiano que mal avenido con el cumplimiento de su ley, se aparta de ella, olvida que es hijo de Dios y hermano de Jesucristo, y pierde toda su grandeza, su dignidad y sus derechos á la posesion de la gloria. ¿No es esta una desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre? Pues ved aquí vuestra obra cuando os separáis de Dios por vuestra culpa. Perdeis el título de Dios y adquiere el demonio un derecho sobre vuestras al-

(1) Ut sit ipse primogenitus in multis fratribus. Ad Rom. cap. VIII, versículo 29.

mas. ¡Qué pérdida mas irreparable! ¿Y será posible, mis hermanos, que conociendo esta verdad, así nos dirijamos con toda tranquilidad por el camino de la perdicion? ¿Será posible que por un momento de goce mundano querramos perder una eternidad de bienes infinitos? Conoced, pues, vuestra dignidad, oh cristianos, os diré con el P. San Gerónimo: *Agnosce, ó cristiane! dignitatem tuam.*

Acaso me direis: es verdad que hemos perdido á nuestro Dios entregándonos al pecado, lo conocemos, pero ya no podemos deshacer nuestro error. ¿Qué partido hemos de tomar? ¿Cómo volveremos á alistarnos en las banderas de Jesucristo? ¿Cómo volveremos á adquirir el título de hijos suyos? Es muy fácil el conseguirlo. Si habeis perdido á Dios y le quereis hallar, buscadle con solicitud, y ciertamente le encontrareis: llamad á las puertas de su paternal corazon, y en el momento sereis escuchados. Así nos lo dice el Evangelio por estas palabras: «Pedid y se os dará: buscad y hallareis, llamad y se os abrirá, porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla: y al que llama se le abrirá (1).» Pero para esto es necesario primero que entreis dentro de vosotros mismos, que conozcais vuestros pecados y que reflexioneis cuán inmensos son los bienes de que por ellos os veis privados: medita cuánta es la felicidad del que puede titularse hijo de Dios, y cuán extraordinaria la desgracia de aquel que se vé desheredado de tal y tan hermoso título. Así, comprendiendo lo mucho que habeis perdido perdiendo á vuestro Dios, os llenareis de dolor y os decidireis á buscarle sin descanso al modo

(1) Luc. cap. XI, v. 9 y 10.

que le buscó la Santísima Virgen con el mayor cuidado hasta tanto que le encontró. Reconociendo vuestro error verteréis lágrimas de desconsuelo y preguntareis: ¿Habeis visto á mi Dios? ¿Habeis visto al único que forma mis delicias? ¿Habeis visto al que ama mi alma? Si le habeis visto, sacadme de la ansiedad en que me encuentro, y decidme dónde se halla para ir á buscarle y reconciliarme con él. Mas, ay, pecador: si de veras buscas á ese Dios amable á quien has perdido por el pecado, no te detengas mas en hacer indagaciones: Maria Santísima nos ha dejado señalado el camino ¿á dónde le encontró esta Señora? ¡Ah! No entre sus parientes ni en las calles de Jerusalem, ni en ninguna reunion ó pasatiempo profano: en vano es buscarle en estos lugares, y por eso María despues de mil indagaciones se dirige al templo, y allí es donde recibe el gran consuelo de ver su rostro divino.

Ved, aquí, mis hermanos, marcado el camino, ¿quereis vosotros encontrarle? Pues dirigios al templo y en él le encontrareis cual mansísimo cordero, lleno de paciencia y con sus brazos abiertos para recibirnos en ellos. Mas cariñoso y amante que el padre del hijo pródigo, solo desea que el pecador toque á las puertas de su corazon, para recibirle, festejarle y ofrecerle el mas delicioso banquete donde le dá por comida su mismo cuerpo, y por bebida su preciosísima sangre. Es imponderable, señores, como afirma el Evangelio, el gozo que hay en el cielo por la conversion de un pecador. Por eso se nos representa Jesucristo en las sagradas letras, ora como el pastor que habiendo perdido una oveja, deja las noventa y nueve por buscarla, y despues que la ha hallado la coloca sobre sus

hombros y dirigiéndose á sus amigos, congratulaos, les dice, conmigo por que he hallado la oveja perdida: ora como aquella mujer que encontrando la drama, reúne á sus vecinas y amigas, y les dice: congratulaos conmigo por que he hallado la drama que perdí. Ved, pues, si siendo de tanto gozo para Dios la conversion de un pecador, si le hallareis propicio si os determinais á buscarle. ¿Acaso, temblareis á la consideracion de vuestras culpas? Tambien temblaba David al recuerdo de sus infidelidades, pero este mismo temblor hizo su conversion mas perfecta. *Cogitabi dies antiquos, et annos aeternos in mente habui* (1). Podrán ser grandes vuestras culpas: de diversos modos podeis haber ofendido á vuestro Dios, pero mas le ofendeis sin duda si desconfiando de su infinita misericordia, rehusais buscarle y permanecéis en vuestro pecado. ¿Qué puede serviros de rémora? ¿Es que quisiérais á un mismo tiempo servir á dos señores tan contrarios cuales son Dios y el mundo? Tan imposible es esto como querer conciliar ó reunir la luz con las tinieblas. No temais, si la fé os guia: llamad á las puertas del bondadoso corazon de nuestro Redentor amorosísimo, y protestando una renuncia completa de cuanto pueda oponerse al logro de vuestros santos deseos, trabajad por conseguir la felicidad de vuestras almas buscando á Jesucristo, oyendo su doctrina y no separándoos del cumplimiento de sus preceptos.

Acudid, pues, sin dilacion á buscar á vuestro Dios en el templo: en él encontrareis el tribunal de la penitencia, en cuyas aguas dejareis toda la lepra de vuestros pecados, y os revestireis de la gracia: despues

(1) Ps. LXXVI, v. 6.
Tomo II.

os fortalecereis con el pan de los ángeles, y si vivís vigilantes, nada podrán contra vosotros los terribles esfuerzos de los enemigos de vuestras almas: así será ciertamente, porque Dios no desprecia al corazón contrito y humillado que le busca, antes bien le acoge bondadoso: *cor contritum, et humiliatum, Deus, non despicies*. Aprendamos por último á buscarle como María con lágrimas de ternura: y tendremos el consuelo de hallar este gran tesoro que perdimos por el pecado: en el templo, en la frecuencia de los Santos Sacramentos, en el bien obrar, en el cumplimiento de nuestros deberes, le hallaremos ciertamente, y este será el camino cierto para llegar un día á poseerle para siempre en el templo de la verdadera inmortalidad, que es la gloria. *Amen.*

SERMON

SOBRE EL

CUARTO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

La Cruz á cuestas.

Bajulans sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvariae locum.

Tomando sobre sus hombros la Cruz, salió para el lugar llamado Calvario.

Joan., cap. XIX, v. 17.

Un espectáculo asaz doloroso, cual jamás lo presenciaron los siglos, sois llamados á contemplar en esta tarde. No es un hombre á quien sus propios delitos conducen á un patíbulo, término por lo comun de una vida pasada en la maldad y en el crimen. Es sí un hombre cuya venida al mundo habia sido anunciada hacia muchos siglos por los profetas y suspirada ardentemente por los justos y patriarcas. Su origen no puede ser mas excelso: con su nobleza no puede competir la de ningún monarca de la tierra, ante su presencia toda grandeza desaparece porque es Hijo de Dios: por un efecto de su caridad infinita revistióse de nuestra propia carne en el claustro virginal de la mas pura, de la mas santa, de la mas privilegiada de todas